

Reseñas

López Adorno, Pedro, ed. *La ciudad prestada. Poesía latinoamericana posmoderna en Nueva York*. Santo Domingo: Luna Caliente, 2002. 242p

En *La ciudad prestada (Poesía latinoamericana postmoderna en Nueva York)*, selección realizada y prologada por el poeta y catedrático puertorriqueño Pedro López Adorno, residente en los Estados Unidos desde 1965, encontramos una muestra significativa de la más actual y valiosa poesía latinoamericana de la diáspora. (Aunque más apegado a los hechos hubiese sido denominarla poesía hispanoamericana en Nueva York, ya que dicha selección poética incluye textos del poeta español Dionisio Cañas, residente en la gran metrópoli desde 1973).

La antología poética, publicada en la colección Luna Cabeza Caliente (creada hace ya más de dos décadas por el entrañable y ubicuo poeta Alexis Gómez Rosa) construye con sus voces polifónicas diversamente acentuadas: José Kozer (cubano), Raúl Barrientos (chileno), Juan Manuel Rivera (puertorriqueño), Dionisio Cañas (español), María Negroni (argentina), Giannina Braschi (puertorriqueña), Pedro López Adorno (puertorriqueño también) y el propio Alexis Gómez Rosa (dominicano), un lúcido concierto verbal en el ámbito más rico del orden experimental heterofónico y proliferante.

Vano sería el intento de estudiar de modo pormenorizado el conjunto de las muestras escriturales de estos ocho poetas excelentes por la sistematicidad y coherencia incandescente de sus devenires rebeldes y menores, en el sentido relevante que otorgan a estos últimos adjetivos los pensadores franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari. Estos dos importantes filósofos y críticos contemporáneos cifran la potencia del acto creador en su más nuda manifestación fluyente, concibiéndola como “devenir menor y rebelde” que traza líneas de fuga transgresivas capaces de romper las codificaciones autoritarias y monológicas de una literatura mayor e imperial que se pretende omnicompreensiva.

Si unos rasgos distintivos de inequívoco valor vinculante podrían entrelazar a estos experimentados poetas en su diversidad heteromórfica, serían una vivencia del exilio liberadora y profunda, la

HPR/114

travesía intersticial entre lo “propio” y lo extraño, la antropofagia cultural y multilingüe, la barbarie alejandrina (como dirían Oswald de Andrade y Haroldo de Campos), y una minuciosa e insospechada mirada poética que, sin perder la huella o la memoria de los más íntimos goces y desgarramientos, se abre plétórica de fuerza primordial y promisorio, al canto reflexivo y abrasivo, a la desacralización de los etnocentrismos.

La vulgaridad desacralizadora y el prosaísmo trepidante pero sabiamente administrado y orientado, crean en muchos de estos textos poéticos una suerte de lucidez paradójica en las “superficies sórdidas”, como diría el poeta dominicano Ramón Francisco. Sistemas poético-irónicos de signos declarados (Barthes) que operan como detergentes ideológicos o dispositivos de regulación homeostática del texto, para barrer los preciosismos cuando éstos reinstalan la trivialidad. Proceso textual no verosimilante que se propone encontrar nuevos pozos de asombro y extrañeza (Bruckner).

El prosaísmo en muchos de los mencionados textos del exilio se ofrece como apertura y revelación poética de un nuevo mundo histórico-cultural, y como medio de co-apropiación inédita y erógena entre el sujeto de la enunciación y la multiplicidad no-numerable de los acontecimientos. Políticas fractales de la carne, el pensamiento y sus espacios; poéticas de los trayectos en una especie de banda generalizada de las remisiones textuales, en las que se entrelazan cuerpos, gestos, lenguajes, humores y secreciones de la memoria, eventos fulgurantes o brumosos, sentido y sinsentido, recónditas tradiciones del olvido y desafortunadas experiencias de lo nimio...

La poesía de *La ciudad prestada* parece recordarnos, con su semantismo contradictorio y sus facturas y fracturas heterofónicas, que sólo el sujeto poético descentrado (Freud, Lacan), disonante (Boulez, Cage), fronterizo (Trías), transbinario (Derrida), fractal (Mandelbrot, Beckett), diaspórico (Lévinas, Kafka) y dialógico (Bajtín), puede reconocer y bordear la diferencia no asimilable del *otro* en su singularidad radical: revelador acontecimiento poético-originario que siempre escapa a nuestros limitados esquemas cognitivos.

Únicamente este sujeto que asume en el decir poético su propia cesura diabólica (Trías), diabólica, su propia alteridad constituyente,

HPR/115

puede abrirse a una *est-ética* (espacio de junción de la ética y la estética: Lacan), al reconocimiento diferencial de los otros y su heterogeneidad inasimilable. Hay diálogo poético con el otro al salvarse una distancia que simultáneamente une y separa; hay comunicación con el enigma del otro, si previamente nuestro discurso se abisma en su íntimo punto ciego de extrañamiento y autoexpropiación. Es preciso vivir poéticamente lo que Julia Kristeva, inspirada en Freud, Lacan y Bajtin, conceptualiza como extranjería del sujeto para sí mismo.

Estas últimas reflexiones nos aproximan a lo dicho en otro contexto por Giannina Braschi, poeta y narradora que figura en *La ciudad prestada*. No pensamos de ningún modo que la ciudad poética soñada por la Braschi, coincida o pretenda coincidir con la territorialidad concreta de la megalópolis neoyorquina (a pesar de la sorprendente afirmación eufórica y elogiosa realizada hace años por Derrida, en el sentido de que los Estados Unidos “son” la *desconstrucción*). No. La cartografía poética del espacio nómada, liso y liberador al que se refiere la Braschi, no coincide con el territorio real de las estratificaciones sedentarias, prejuicios raciales y culturales, y *reterritorializaciones perversas del artificio* en el contexto de un urbanismo estriado, concebido como hipóstasis de la marginalidad y de las *segmentaridades duras*. Diferente de la Nueva Ciudad de Dios, ciberimperial, tecno-hermética y monocéntrica (unidad oculta), teorizada y criticada por Andoni Alonzo e Iñaki Arzoz, la ciudad textualizada y poetizada por la referida escritora puertorriqueña y los demás poetas de la diáspora, atraviesa con el trazado de sus líneas de fuga la simple celebración autocomplaciente de una realidad constituida por la psicogeografía bélica del temor, el hegemonismo WASP, el desarraigo y la injusticia, la catástrofe programada y el mero espectáculo.

Esa ciudad poética en construcción permanente se despliega con fuerza desacralizadora a través de los textos de estos poetas del éxodo y el exilio; se erige real, virtual, abierta, mixta y vibrante, al margen de los centralismos y monolingüismos, nativismos, nacionalismos ontologicistas y panoplias imperiales.

Se percibe la ciudad como ánfora cineraria de sueños vesperales, al decir de Mallarmé, pero en trance de convertirse, por “las

HPR/116

destrezas del desorden”, en un rizoma poblado de puntos incandescentes de bifurcación. Epifanías instantáneas de la palabra y el silencio; Eros y Thánatos cohabitando en la escritura. Allí el sujeto poético, en proceso regenerativo en virtud del reciclaje postmoderno de una cierta felicidad sorprendida en la incertidumbre exploratoria y el desengaño, descubre nuevos lugares, nuevas “fórmulas de pactos y asaltos a la deriva”, la co-apropiación transmutante de vida y muerte, en la que ese sujeto diaspórico del acontecimiento-sentido, de modo simultáneo, “es ceniza y es ciudad”. Así nos dice López Adorno en su poema “Equilibrios.”

En la selección de textos que nos ofrece *La ciudad prestada* creemos percibir una cierta convergencia de dicción, articulación de la sintaxis y el semantismo, entre las escrituras de José Kozér, Giannina Braschi y Alexis Gómez Rosa, salvando, por supuesto, las evidentes inflexiones y deflexiones poéticas que los distinguen.

En las muestras creativas de estos tres sujetos de la escritura que figuran en *La ciudad prestada*, percibimos un agenciamiento textual exploratorio como máquina de guerra nómada y semiótica, que traza líneas de escape, en veces frágiles, bordeando el sinsentido y la inefable deflagración “mística” del disparate maravilloso, para transfigurar la percepción de los actos más ordinarios de la cotidianidad en atónitas epifanías esplendentes.

Casi siempre, las líneas de fuga trazadas por el sujeto poético de la enunciación, arrastran las concreciones semánticas y sintácticas de los textos, desconstruyen las segmentaridades y estratificaciones escriturales estabilizantes, para penetrar en un campo ilimitado de inmanencia metaestable.

Desde aquel su ya lejano poema de los años setenta, “Esta noche, peor que nunca”, percibimos en José Kozér una lúcida y progresiva erosión de la palabra poética, una trabajada conciencia del desastre, una suerte de beckettiano “rumbo a lo peor”. Humorística y trágica impotencia del decir poético ante a la cotidiana y silente invasión de la decadencia y la muerte; frente a la fragilidad y el desarraigo del sujeto inteligible en vías de nihilizarse. No obstante, paradójica persistencia del acto creador de cara al poder de lo informe; capacidad de sobrevolar escrituralmente, con una humorística sabiduría de los

HPR/117

misterios abismales del ser, el vaciamiento catastrófico de la significación.

Por su parte, Gianni Braschi, con su filosa y febril escritura palinódica, disuelta y sin embargo copulante, nos ofrece una comunicación poética y humorística de lo incommunicable, lo inane y lo terrible, vibración infrasemántica del texto; insinuación transgresiva y neo-barroca, a través de la homofonía lúdica y la opacidad residual de la letra, de lo que el psicoanalista francés Jacques Lacan denominaría, la sinuosa y enigmática escritura del goce femenino más allá del falo.

A su vez, Alexis Gómez Rosa, poeta gastrósofo y agudo zahorí de las costumbres y los guisos; torbellino engendrador de genealogías escriturales dispersas, modulaciones perceptivas aleatorias y profundas resonancias sinestésicas; ávido degustador de las texturas, aromas, interferencias carnales y sabores en el erógeno convivio gutural de las palabras, explora convincentemente las geografías múltiples que se ofrecen a la mirada poética de un ojo cerebral, atónito y esquizo.

La articulación paradójica de estos textos nos hace pensar una vez más en el concepto complejo de *indetermanencia*, acuñado por Ihab Hassan. Con dicho concepto se alude a una síntesis problemática de inmanencia, indeterminación y azar, en un espacio potencial de juego y dispersión no regulado por el determinismo mecanicista de la escritura canónica, verosímil o sociologizante. Tal es el caso de la polivalencia conjuntiva que opera en los fragmentos arriba citados de los textos de Kozler, Braschi y Gómez Rosa, en los que índices maquínicos y devenires rebeldes de desterritorialización, conducen la mirada del lector al ámbito de un extrañamiento radical del sentido, cargado así de imprevistas connotaciones hirvientes. Allí, el poeta sumerge el crustáceo de la sinrazón como forma de conocimiento, para servirlo luego, bien condimentado, en el plato convivial de la mejor poesía.

Todos estos poetas antologados, con sus diversas declinaciones locales, político-críticas y estilísticas, se mueven en un mundo conjetural, palinódico, problemático, regulado por un principio universal de incertidumbre, en cuyo paradójico horizonte resplandece la roca tangible del misterio a plena luz.

Sus relaciones con los objetos poéticos se establecen en una

HPR/118

penumbra de contingencia en la que el juego, la crítica feroz e irónica de las injusticias sociales (como observamos en algunos poemas de Cañas y Rivera), la exploración de la Urbe en el ensayo y el error, la hermosa promiscuidad de las prosodias carnales enlazadas, como en los casos de López Adorno, Raúl Barrientos y María Negroni, no conducen jamás a la seguridad de un *telos*, a una certeza apodíctica al fin alcanzada.

En este su universo poético indeterminado, en permanente conflictividad y desgarramiento, espacio palinódico de retractación y corrección perpetuas, se han abandonado los lazos referenciales de raigambre ontologicista y esencializante, y la verosimilitud de los propósitos convencionales. Las acciones participan de una finalidad radical y rabiosamente incierta, o más bien, creada sobre su propia superficie topológica de gozoso engendramiento inmanente.

Es importante que esta época efervescente y promisoría de las estéticas cibernéticas en Red o en CD-Rom; del vídeo y de la poesía holográfica, hipertextual y cinética; del arte transgénico y biotelemático de un Eduardo Kac; de las estéticas carnales y protésicas de “ultra-vanguardia” de una Madam Orlan, un Antúnez o un Stelarc, se manifieste una vez más, en floración antológica surgida en el ámbito de la poesía hispanoamericana de la diáspora neoyorquina, una discreta pero trascendente revalidación de la dignidad del libro impreso al modo tradicional, como soporte indesplazable de la más selecta creación poética.

Armando Almánzar Botello
Santo Domingo